

LITERATURA POLÉMICA: LA CONFIRMACIÓN DE LOS PRONÓSTICOS (A propósito de la escritura de Ezequiel Martínez Estrada)

Adriana Lamoso*
U.N.S.
CONICET

En los textos que suponen una construcción autobiográfica por parte del escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, se perciben distintas estrategias y representaciones que despliegan un diálogo perspicaz con el conjunto de interpretaciones de la realidad nacional que se inscriben en sus ensayos. En algunos de estos escritos, a su vez, es posible distinguir la intromisión de un personalismo, con distintos grados de intensidad, que toma voz en nombre del ensayista, en marcada y pretendida oposición a los intelectuales con los que mantiene álgidas disputas ideológicas, en función de los que construye tanto su propia imagen como su pertenencia y el lugar que ocupa en el campo de la intelectualidad local. Tales figuraciones, dialécticamente determinadas, fluctúan levemente conforme varían los aconteceres de la esfera política del país y, con ello, los fervientes duelos discursivos entre los miembros de la inteligencia nacional, que se intensifican a partir de 1956.

En el marco de las obras de Ezequiel Martínez Estrada, se encuentran dos autobiografías, que están diseñadas bajo modalidades discursivas diferentes. Si consideramos las disquisiciones terminológicas de Philippe Lejeune (Lejeune, 1991:47-61)¹, podemos distinguir las como ‘autobiografía’ y como ‘novela

* adrilamoso@yahoo.com

¹ En este artículo, el autor establece definiciones que especifican las tipologías. Respecto de la clasificación en cuestión, expresa lo siguiente: “La autobiografía (narración que cuenta la vida del autor) supone que existe una *identidad de nombre* entre el autor (tal como figura, por su nombre, en la cubierta), el narrador y el personaje de quien se habla”. Más adelante distingue los rasgos que pertenecen a la categoría de ‘novela autobiográfica’ y lo hace en estos términos: “llamaré así a todos los textos de ficción en los cuales el lector puede tener razones para sospechar, a partir de parecidos que cree percibir, que se da una identidad entre el autor y el *personaje*, mientras que el autor ha preferido negar esa identidad o, al menos, no afirmarla. Definida de esta

autobiográfica', para señalar que nos encontramos frente a dos inflexiones discursivas disímiles, cuya estructura y sus convenciones no nos detendremos a particularizar. La complejidad de este tema se pone de relieve en las diferentes y hasta contradictorias apreciaciones de los especialistas, respecto de la constitución de sus rasgos definitorios, como ocurre con Paul de Man con relación a los criterios adoptados por Lejeune². Al margen de estas consideraciones que atienden a las formas, ofreceremos un análisis de los siguientes textos autobiográficos de Ezequiel Martínez Estrada: "Carta a Victoria Ocampo", publicada en 1945 y compilada en el ensayo titulado *Leer y escribir* (1969), y "No me olvides", relato perteneciente a la colección *La tos y otros entretenimientos*, publicada en 1957. Este último texto converge con ensayos que resultan cruciales en el trayecto discursivo del escritor, ya que corresponden a la etapa posperonista, en la que el ensayista se destaca por la publicación de una serie de escritos marcadamente panfletarios. La referencia a peculiares acontecimientos que armonizan con el transcurso de la historia nacional

manera, la novela autobiográfica engloba tanto las narraciones personales (en las que hay identidad del narrador y del personaje) como las narraciones "impersonales" (personajes designados en tercera persona); y se define por su contenido. A diferencia de la autobiografía, implica gradaciones. El "parecido" supuesto por el lector puede ir desde un vago "aire de familia" entre el personaje y el autor, hasta la casi transparencia que lleva a concluir que se trata del autor "clavado". (Lejeune, 1991:52) A pesar de que el texto del que nos ocuparemos en el segundo caso se trata de un cuento autobiográfico, es posible asimilarlo a la caracterización que propone este autor.

² Una perspectiva de estudio de las autobiografías diferente se encuentra en las teorizaciones de Paul de Man, quien problematiza la visión de Lejeune y aporta la siguiente concepción: "La autobiografía (...) no es un género o un modo, sino una figura de lectura y de entendimiento que se da, hasta cierto punto, en todo texto. El momento autobiográfico tiene lugar como una alineación entre los dos sujetos implicados en el proceso de lectura, en el cual se determinan mutuamente por una sustitución reflexiva mutua. (...) Esta estructura especular está interiorizada en todo texto en el que el autor se declara sujeto de su propio entendimiento (...) El momento especular inherente a todo acto de entendimiento revela la estructura tropológica que subyace a toda cognición, incluido el conocimiento de uno mismo. El interés de la autobiografía, por lo tanto, no radica en que ofrezca un conocimiento veraz de uno mismo —no lo hace—, sino en que demuestra de manera sorprendente la imposibilidad de totalización (es decir, de llegar a ser) de todo sistema textual conformado por sustituciones tropológicas. (...) El estudio de la autobiografía está aprisionado en este doble desplazamiento, en la necesidad de escapar de la tropología del sujeto y la igualmente inevitable reinscripción de esta necesidad en un modelo especular de conocimiento. (...) En la medida en que el lenguaje es figura (o metáfora, o prosopopeya), es realmente no la cosa misma, sino su representación, la imagen de la cosa, y, como tal, es silencioso, mudo como las imágenes lo son. El lenguaje, como tropo, produce siempre privación, es siempre despojador." (de Man, 1991:114-118)

y/o personal, posibilita esbozar una interpretación de los textos en tensión y estrecho diálogo, por una parte, con los escritos del ensayista correspondientes a los años de producción respectiva, así como con los ensayos esbozados por él a partir de 1933, y por otra, remitirlos al contexto de los sucesos políticos, sociales y culturales de la época en que fueron escritos.

Es posible afirmar que en la narrativa de Ezequiel Martínez Estrada, los acontecimientos políticos que signaron una importante etapa tanto en la vida del país como en la del autor, condicionan los modos de construcción discursiva, al tiempo que impregnan la perspectiva peculiar que el escritor asume y trasluce en sus escritos. Literatura política de la desesperanza y del repudio que se articula y se manifiesta bajo múltiples formas. Es visible el montaje de escenas del pasado que se exhiben en su artificio y se legitiman con la confrontación definitoria del padecer individual. Se pone de relieve una teoría del conocimiento, que se asienta sobre la base de la dubitación, como la forma certera de representación, en tanto mecanismo propio y legítimo de los procesos introspectivos.

La literatura polémica se afirma tras un proceso de autorreferencialidad, que despliega el desarrollo temático y que se articula y revela en tensión directa, paulatina y simultánea con el relato propio de la historia nacional. La escritura visionaria del ensayista se expande en la confirmación de los diagnósticos, y los males anunciados en su producción se re-actualizan y se certifican en la injusta imagen del escritor vilipendiado y expulsado de su tierra y de su vida. En este marco de incomprensión, emerge el valor y la significación de la obra personal, constatada por las marcas negativas en su cuerpo, por la imposibilidad presente de vivir, que es pensar, comprender y crear.

Tales representaciones pueden leerse en una línea de continuidad que torna indiscernible, no sólo las inflexiones formales en las que se inscriben³, sino

³ Respecto de esta denominación, Jean Starobinski (1974:66) sostiene que: "...hay que eludir hablar de un estilo, o siquiera de una forma, vinculadas a la autobiografía, pues en este caso no hay estilo o forma obligados. Aquí, más que en cualquier otra parte, el estilo será obra del individuo. Sin embargo conviene insistir sobre el hecho de que el

también los rasgos que, en el marco de las caracterizaciones tradicionales, singularizan cada modulación particular. Por eso, la puesta en escena de las interpretaciones y figuraciones insertas en las producciones del escritor puede realizarse en forma genérica, sin precisar los soportes textuales ni las convenciones peculiares que podrían distinguirlas. La reiteración de las construcciones de su propia imagen, de modo paralelo a la puesta en abismo de sus interpretaciones sociológicas, que se concreta con la mirada en espejo de su escritura previa, posibilita transparentar tales operaciones, que se asientan sobre la base de la consolidación del valor de verdad de su propio discurso, junto con la convalidación de su rol de intelectual.

La vida y los textos: el padecimiento como argumentación

Martínez Estrada representa respecto de sí el perfil de una vida miserable, que permanece en la injusticia de una vejez que le reporta la soledad y el desprecio, generalizable a una totalidad asfixiante. La ausencia de la fama y del dinero marca la precipitación en un declive inevitable, que conlleva la clausura de su profesión de escritor y la decadente necesidad de recurrir al mundo, tan pesimistamente reproducido en sus escritos, para merodear en busca de imposibles opciones. La plasmación de sus cualidades, bajo la forma de carencias que le imposibilitan quedar exento de los infortunios que padece, prima en el cuento “No me olvides” y se entrelaza con la dubitación en tanto modo de dar a conocer la situación agobiante.

La confirmación de los pronósticos del ensayista y narrador, a través de los avatares que sufre el personaje, se tensa con la inclusión de numerosas expresiones introspectivas que instalan el marco ambivalente en el que se asienta su interioridad. La fragilidad de los recuerdos, marco que,

estilo (...) podrá ser definido como la manera propia en que cada individuo cumple las condiciones generales –condiciones de orden ético y “relacional”, que no requieren más que la narración verídica de una vida, dejando al escritor la tarea de concertar la modalidad concreta, el tono, el ritmo, la extensión, etc. En este relato, donde el narrador toma como asunto su propio pasado, la huella individual del estilo reviste una particular importancia, ya que a la autorreferencia explícita de la narración misma, el estilo añade el valor autorreferencial implícito de un modo singular de elocución.” Estas apreciaciones refuerzan el sostenido criterio que destaca de estos textos su carácter de ‘construcción’ voluntaria y reflexiva.

paradójicamente, permite dar cuenta de la experiencia pasada, se exterioriza en el texto, y se representan los procedimientos selectivos que la mente humana realiza en la re-construcción de la propia historia. De esta manera, la interioridad con sus cavilaciones, es el modo seleccionado como válido para poner de manifiesto los cataclismos y las oscilaciones de una exterioridad tan hostil como absurda⁴. Martínez Estrada exhibe de este modo el artificio constructivo:

“Cuando me detuve ante la florería para admirar con nostalgia y pena los muchos ramilletes de no-me-olvides con que habían adornado como intencionalmente para mí la vidriera ¿no concebí en ese momento, lo mismo que si hubiese concebido una escena de drama o de novela, la historia de mi madre en el jardín? Estoy seguro ahora de que no he inventado esa anécdota para encontrar un justificativo, si no una explicación a mis tribulaciones actuales. ¿Qué Isabel, Isabel, Isabel? (...) Todo eso ha existido, no puedo dudar de ello; pero, ¿por qué ahora se funden en una sola imagen, en un solo recuerdo, mi madre y ella, el miosotis de aquella tarde de sol dorado y sus últimas palabras: “no me olvides”, como si todo fuese lo mismo, un sueño?”
(Martínez Estrada, 1957b:100-101)

La dubitación actúa, subliminalmente, como el soporte adecuado para instalar en el texto una manera de conocer. La unilateral condena de sus adversarios a sus dilucidaciones, y con esto a su labor previa, carece de real sustento ante una realidad compleja que se resiste a tales simplificaciones. Una vida que sólo puede ser explicada por quien la ha protagonizado, y en los términos vacilantes que posibilita la propia introspección, desmonta el valor de verdad de los juicios externos que lo sancionan. Respecto del privilegio que le otorgan los autobiógrafos a los relatos que cada uno ofrece sobre sí mismo, en

⁴ En este punto resulta oportuno recobrar las apreciaciones de Sylvia Molloy, referidas a los recurrentes lugares de la memoria que es posible hallar en las escrituras del yo: “La autobiografía de Hispanoamérica es un ejercicio de memoria que a la vez es una conmemoración ritual, donde las reliquias individuales (en el sentido que les da Benjamin) se secularizan y se re-presentan como sucesos compartidos. En este sentido tienen particular importancia los lugares de la memoria, los sitios elegidos para los ritos de la comunidad (...) Igualmente importante es la forma en que se subraya la memoria colectiva y la confianza en lo que podría llamarse un linaje mnemotécnico. Las novelas familiares son depósitos de recuerdos: como Borges que agradece a su madre “tu memoria y en ella la memoria de los mayores”, el autobiógrafo hispanoamericano incursiona en el pasado a través de las reminiscencias familiares, sobre todo maternas.” Estas afirmaciones de Molloy resultan visibles en las construcciones familiares que incluye Martínez Estrada en sus escrituras autobiográficas. (Molloy, 1996:20)

tensión con los textos esbozados por terceros sobre su vida, Georges Gusdorf explica lo siguiente:

“... nadie mejor que yo mismo puedo saber en lo que he creído o lo que he querido; únicamente yo poseo el privilegio de encontrarme, en lo que me concierne, del otro lado del espejo, sin que pueda interponérseme la muralla de la vida privada. Los otros, por muy bien intencionados que sean, se equivocan siempre; describen el personaje exterior, la apariencia que ellos ven, y no la persona, la cual se les escapa. Nadie mejor que el propio interesado puede hacer justicia a sí mismo, y es precisamente para aclarar los malentendidos, para restablecer una verdad incompleta o deformada, por lo que el autor de la autobiografía se impone la tarea de presentar él mismo su historia. (...) escriben para celebrar su obra, siempre más o menos incomprendida, para hacerse un tipo de propaganda póstuma en la posteridad, que corre el riesgo de olvidarlos o de no apreciarlos en su justa medida.” (Gusdorf, 1991:12)

El rostro frente al espejo se ilustra en el texto, mediante la autorreferencialidad que se intercala y se afianza como única certeza, ante la incertidumbre propia de su memoria experiencial. Lo verdadero, en el contexto de los hechos narrados, reside en la propia escritura, que determina el transcurso de sus acciones y marca el destino ineluctable, que tan pronto lo precipita a la fama como lo sumerge en la decadencia y en el descrédito final. La escritura profética del ensayista se encuentra libre de cualquier sanción, los cuestionamientos y las interrogaciones corresponden a los inexplicables avatares externos, vinculados con los adversarios y sus obras, que abordan de manera equivocada las interpretaciones del ensayista, y sus enjuiciamientos son erróneos, a los que se suman los implacables infortunios que padece el país, en razón de las condiciones políticas que lo atraviesan. El texto se construye mediante la alusión a temáticas insertas en su escritura previa, que conducen, refractariamente, al contexto de la historia nacional. Algunas de las referencias al escenario de su contemporaneidad se encuentran en expresiones como estas: “Sea resultado de la guerra fría, de la conquista de los pueblos por métodos de propaganda letárgica – era el tema del folleto “Andamos en la maroma” –, yo estaba desplazado, desalojado, arrancado de mis soportes.” (Martínez Estrada, 1957b:101)⁵. La validación de sus dilucidaciones, en forma paralela a las

⁵ La referencia del escritor al campo de su propia escritura, así como a la realidad nacional, se reiteran en pasajes como el siguiente: “Aunque todo conservaba su aspecto habitual ante mis ojos, y aunque yo debía ser el mismo de otros días más

confirmaciones de los sucesos adversos que padece el país, se hace posible a través de la puesta en abismo de sus anuncios, que se plasman en el agobio y los tormentos que sufre el escritor, en consonancia con los destinos funestos, que visiblemente aquejan al pueblo. “No me olvides” constituye la evidencia de que sus pronósticos se actualizan, perviven y aún se intensifican con el transcurso del tiempo, sin que los sucesos políticos fluctuantes impriman una mínima mediación. Como en 1933, el caos funde la vida del intérprete con la existencia exánime de la nación, y, juntos, se precipitan, en 1957, en la ruina, la vergüenza y la humillación.

El ‘yo’ y los ‘otros’: el valor de la singularidad

Ante la puesta de relieve de la decadencia del país, que se trasluce en las marcas del cuerpo expelido del escritor, es posible ilustrar la imagen que Martínez Estrada proyecta de sí, en la autobiografía titulada “Carta a Victoria Ocampo”. A pesar de que el momento en el que se escriben ambos textos difiere, la disputa con los intelectuales, los procedimientos y las formas de autfiguración, así como la disconformidad con el contexto político nacional, siguen siendo una constante. En este sentido, veremos cómo tales cuestiones se complementan con caracterizaciones semejantes, que retroalimentan el marco de la propia singularidad⁶.

Respecto de los duelos discursivos que mantiene con los intelectuales antagónicos, se expresa tal polaridad mediante un desdoblamiento entre el ‘ser en sí’ y el ‘ser–texto del otro’, que se afirma a partir de la puesta en escena del descrédito de tales configuraciones, que se anulan frente a la verdad de su vida recientemente racionalizada. En lo conocido radica lo apócrifo, que torna inútil la posibilidad de ser evaluado, y en el conocimiento de sí, que proviene de la autopercepción, surge el doblez veraz de lo esencial. Desacreditar hasta anular

felices, la ciudad, el país y el mundo en que yo vivía era innegable que habían experimentado una transformación esencial. Era el tema del panfleto.” (Martínez Estrada, 1957b:102)

⁶ Bruner, Jerome y Weisser, Susan explican la funcionalidad que las autobiografías tienen, en tanto ubican al ‘yo’ en el mundo simbólico de la cultura, al tiempo que hacen posible la individualización, como procedimiento simultáneo que lo distingue de tal generalidad. Cfr. Bruner (1995:182-183)

lo público se vincula con el engrandecimiento de una figura que escapa a la mundaneidad y que se consolida en el ámbito de lo privado, más concretamente en los alcances de su propia capacidad interior para percibir y comunicar lo imperceptible. El doble es lo visible para el otro, el sujeto real se mantiene inmune a los aconteceres y se configura, coincidentemente, por el saber de una introspección, que únicamente a él le pertenece.

Junto con la autofiguración de *supra*-intelectual, una finalidad muy ensayada por el escritor, en la mayor parte de sus discursos, ha sido captar la benevolencia del auditorio, de modo tal que este principio impregna sus formulaciones y sus discusiones en distintos contextos de producción. En el caso de “Carta a Victoria Ocampo”, el acto perlocutivo se relaciona, de manera reincidente, con la sobrecargada intercalación de tópicos de falsa modestia que, por contraposición, perfilarán una imagen de magnificencia y tratarán de paliar la sospecha, quizá evidente, de las valoraciones negativas a las que se vio sometida su vida y su obra en el campo de la intelectualidad nacional. En este sentido, enumerar sus virtudes y presentarlas bajo la forma de defectos, o minimizar el valor de sus implicancias, es un procedimiento seleccionado como válido en el reducido margen autobiográfico que decide esbozar. Afirmaciones como las siguientes ponen de relieve los puntos centrales en los que se condensan estas significaciones:

“Pero he ahí que soy absolutamente inepto para la mistificación. Jamás consideré una virtud mía no haber mentido, haber sido veraz y leal, sino una incapacidad de carácter orgánico, una especie de falta de oído para la melodía de lo histriónico. Por añadidura soy un hombre púdico, quiero decir incapaz de confesiones o de cualquier otro rasgo de impudibundez ingénita. Más bien experimento tendencia a ocultar lo que puede enaltecerme sin que tenga ningún desliz de que avergonzarme. He procurado que mi vida fuera limpia todos los días, y esto es simplemente un hábito higiénico. Tampoco creo que sea un mérito poder exhibir una vida como se hojea un álbum, porque ninguna vida exenta de pecado está redimida de verdad.” (Martínez Estrada, 1969:116)

Por momentos la banalización del virtuosismo, y por otros, la exacerbación de la perfección presentada en el margen de la trivialidad, que se conjugan para dar a conocer el significado profundo del ser inaprensible que se esconde tras las burdas percepciones ajenas, y tras la textualidad arrebatadora de las

verdades profundas. La inclusión de las experiencias personales bajo la forma de un relato vuelve ilusoria la validez de esos sucesos en el texto del ‘otro’, ya que pierden su vinculación con el ‘ser’ y su conciencia, al formar parte de las convenciones del lenguaje, de las que el ensayista, por otra parte, se vale (otra vez la paradoja), para la fundamentación de los rasgos esenciales que lo distinguen y lo revelan (crean) de manera legítima en su propia escritura.

Evitar las digresiones y hacer alusión a los escasos pasajes puramente autobiográficos que Martínez Estrada expone, permite observar la funcionalidad que adquieren en la configuración reiterada de una imagen que no escapa a lo excepcional. Bajo el insistente tópico de la angustia, y a través del lamento ante las condiciones que lo tornan un precoz privilegiado, como un modo de volver, por el opuesto, más convincente su magnanimidad, vincula su infancia con el recuerdo directo y certero de las lúcidas habilidades de las que fue provisto al nacer, grandiosidades que, sin embargo, preferiría no poseer, por la incomprensión y la condena social a las que se vio sometido a raíz de dichas diferencias irrepetibles, móviles funestos que padeció y que sin embargo no explicita, sino que sugiere de modo subliminal⁷. Uno de los pasajes

⁷ La remisión a etapas tempranas de la vida del escritor, como marco para justificar ‘su’ presente, se encuentra explicitado por Starobinski en estos términos: “...por ser el yo pasado *diferente* del yo actual, este último puede afirmarse en todas sus prerrogativas. No sólo narra lo que le ha sucedido en *otro* tiempo, sino, sobre todo, cómo de *otro* que era ha llegado a ser sí mismo. La discursividad de la narración encuentra ahora una nueva justificación, no ya en el destinatario, sino en el contenido: exponer la génesis de la situación actual, los antecedentes del momento a partir del cual se efectúa el discurso presente. La cadena de los episodios vividos señala un camino, una *vía* (a veces sinuosa) que conduce al estado actual del conocimiento recapitulador.” (Starobinski, 1974:72) La autfiguración que traza Martínez Estrada, en estrecha vinculación con el desarrollo de su personalidad en la infancia, es también justificada por Halperin Donghi de este modo: “(la incorporación de la niñez al relato autobiográfico hace al hombre total). Pero la infancia en que el hombre llega a ser lo que es, es también la etapa en que se da una primera identificación del sujeto con un mundo histórico-social que le es propio; como comienza a adivinarse, esa incorporación es un aspecto esencial de su hacerse hombre. La evocación de la infancia se acompaña entonces a menudo con notaciones precisas del contexto familiar en que el proceso se da, y esas notaciones –de las que no ha desaparecido siempre la intención de impresionar al lector con un origen inesperadamente eminente- tienen por función principal, sin embargo, esclarecer ese proceso de formación de una personalidad.” (Halperin Donghi, 1987:54) Los paréntesis me pertenecen.

que particulariza el horizonte adverso de recepción en el que confluyeron sus dilucidaciones es el siguiente:

“Repasando mi vida, veo que sólo he sido yo el culpable de una valoración pesimista, y que prolongar la existencia más allá de la pubertad es un funesto error que se paga con la misma supervivencia. De mis primeros años recuerdo que, como una segunda naturaleza semejante a la mutilación, poseí el triste privilegio de comprender las cosas de la vida con precoz claridad de adulto. Debo confesar que no recuerdo ninguna época que haya vivido la ingenuidad de la niñez. A los pocos años, por ejemplo, conocía ya a las personas de mi familia y de nuestras amistades con tal certeza que todos sus defectos me eran sensibles como ahora mismo los juzgo. De ahí que creyeran los extraños que poseía yo una inteligencia excepcional, cuando todo se debía sencillamente a ese prematuro despertar del sentido de la vida, que asimismo he encontrado, con relativa frecuencia, en criaturas no por eso inteligentes en otros aspectos. Tales criaturas por lo regular mueren pronto – en una u otra forma – y es una desdicha sobrevivir a las condiciones fijadas por la naturaleza, que parece haber puesto la comprensión o el paladeo del amargor de las cosas en los límites de lo que otorga sin exigir el pago supremo (...) Este despertar – que no puede ser tardío – es lo que sazona y condiciona el sabor de la existencia y no creo que se dé siempre, ni en personas de gran talento.” (Martínez Estrada 1969:116-117)

Generalidades en torno a experiencias impregnadas de cotidianeidad, y desprovistas del asombro ante las excepcionalidades constitutivas de su personalidad, configuran el discurso singular de esta autobiografía abreviada y circunscripta a una etapa temporal demarcada con claridad. El período más significativo de su vida se corta abruptamente a los doce años, para reiterar *ad infinitum*, como los invariantes que diseñara para dar cuenta de los condicionamientos irreparables que precipitan al país al fracaso, los rasgos impuestos en edades tempranas y que brotan en el marco de un deber que es involuntario tanto como ineludible.

Para concluir

Para finalizar estas reflexiones es posible remitirnos a las preguntas planteadas por el mismo Martínez Estrada en sus autobiografías, referidas al ser – texto que se interroga, reflexivamente, en frases del autor como estas: “Nada tengo que ver con mi biografía” o en “...las autobiografías no tienen ningún sentido profundo y (...) son mero pasatiempo de gentes egoístas” (Martínez Estrada, 1969:115-116), enunciados que ponen en cuestión el valor

de verdad de las representaciones; y la expresión: “...¿no valdría lo mismo que inventara o que plagiera? Resulta inevitable, además.” (Martínez Estrada, 1969:116), escenifica la paradoja inserta en el marco de su pensamiento y en la misma escritura que desarrolla y que, a su vez, problematiza. Las contradicciones y relatividades alcanzan a todos los discursos que interpretan al ‘ser’ y esta fuga hacia lo generalizable devuelve al texto a sus condiciones externas que operan como el soporte propulsor de la creación.

BIBLIOGRAFÍA

- de Man, Paul, “La autobiografía como desfiguración”, en: *Suplementos Anthropos*, n° 29, 1991. [Ángel G. Loureiro, trad.]
- Gusdorf, Georges, “Condiciones y límites de la autobiografía” en: *Suplementos Anthropos*, n° 29, 1991. [Ángel G. Loureiro, trad.]
- Halperin Donghi, Tulio, *El Espejo de la Historia. Problemas Argentinos y Perspectivas Hispanoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- Lejeune, Philippe, “El pacto autobiográfico”, en: *Suplementos Anthropos*, n° 29, 1991. [Ángel G. Loureiro, trad.]
- Middleton, David et al., *Memoria Compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*, Barcelona, Paidós, 1992.
- Martínez Estrada, Ezequiel, *En torno a Kafka y otros ensayos*, Barcelona, Seix Barral, 1967. [Enrique Espinoza Comp.]
- , *Exhortaciones*, Buenos Aires, Burnichon Editor, 1957a.
- , *La tos y otros entretenimientos*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 1957b.
- , *Las 40*, Buenos Aires, Gure, 1957c.
- , *Leer y escribir*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1969. [Enrique Espinoza Comp.]
- Molloy, Sylvia, *Acto de Presencia. La Escritura Autobiográfica en Hispanoamérica*, México, C.M. – FCE, 1996.
- Olson, David y Nancy Tarence (comps.), *Cultura Escrita y Oralidad*, Barcelona, Gedisa, 1995.
- Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002.
- Starobinski, Jean, *La Relación Crítica (Psicoanálisis y literatura)*, Madrid, Taurus, 1974.